

El derrumbe de la modernidad

La voluntad de poder, para Nietzsche no es codiciar, ni siquiera tomar alguna cosa, sino en crear, en dar.

En *Así habló Zaratustra*, en su Tercera parte, De los tres Males, Zaratustra enseña que hay tres cosas maldecidas en el mundo: voluptuosidad, ambición de dominio y egoísmo. A ellas se referirá, las ponderará, pero "...de un modo humanamente bueno..."

Está Zaratustra frente al mar, que "se acerca arrollándose velludo, adulador, viejo y fiel monstruo canino de cien cabezas que yo amo...". Entonces...

Voluptuosidad: es la que se burla de todos los maestros de la confusión y del error; el fuego lento donde se abrasa la chusma; el desborde de felicidad de todo futuro al ahora; para los de voluntad leonina, es el estimulante cordial, el vino de los vinos; símbolo de toda felicidad más alta y de la suprema esperanza.

Ambición de dominio: el látigo de fuego para los más duros de corazón; el espanto martirio para el más cruel en persona; la maligna traba impuesta a los pueblos más vanidosos; burla para toda virtud incierta; algo que cabalga sobre todos los orgullos: aquello que rompe y destruye lo putrefacto y carcomido; aquello que hace pedazos los sepulcros blanqueados; interrogación fulgurante a respuesta prematuras; ante su mirada el hombre se arrastra, se vuelve servil, hasta que el gran desprecio grita desde su boca; la maestra del gran desprecio que predica sobre ciudades e imperios, "fuera tú" hasta que de ellos mismos surge el grito "fuera yo..."; algo que asciende hasta los puros y solitarios y las alturas que se bastan a sí mismas, para pintar purpúreas bienaventuranzas en el cielo de la tierra; mas como llamar ambición (también vicio, enfermedad para la palabra alemana) a que lo alto se rebaje a desear el poder y no existe nada malsano en tales deseos y descensos.

Egoísmo: bienaventurado el egoísmo saludable, que brota de un alma poderosa, al que trata del de un alma poderosa, al que trata del cuerpo elevado, bello, victorioso, reconfortante; el cuerpo flexible, persuasivo, bailarín, del cual es símbolo y compendio el alma gozosa de sí misma; es cuerpos y almas que se llaman: virtud; destierra todo lo despreciable; todo lo cobarde, como desprecia a todo hombre preocupado, gimiente y a quien recoge del suelo las más mínimas ventajas; desprecia toda sabiduría llorosa, la de aquellos de los que suspiran porque todo es vano; y cabalmente debiera ser virtud y llamarse virtud esto, el que se jugasen malas partidas al egoísmo, se rechacen a todos estos cobardes y arañas cruceras, cansadas del mundo.

Zaratustra llamará sano, santo al yo y bienaventurado al egoísmo, este que dice lo que sabe y en un profeta que enseña: "he aquí que viene, que está cerca el gran mediodía...".

Así es que la voluntad de poder no es aquello que la voluntad quiere, sino eso que quiere en la voluntad; de esa voluntad derivan las fuerzas en oposición, sus fuerzas activas, las que afirman, consagran su diferencia.

Aquí debe resaltarse que en la voluntad aparece las fuerzas de la afirmación primero y después las de negación, pero estas últimas, no como contradictorias, sino como consecuencia de las obras, para acrecentamiento de la virtud de crear de todas formas; del goce de crear.

Así se ve en los tres males, donde las fuerzas reactivas del pensamiento nietzscheano se oponen a lo que ellas no son, limitando y aún cercenando lo otro al que niegan. Niegan la

voluptuosidad, la ambición de poder, el egoísmo, para negarlos a esos males y consolidar una afirmación en la diferencia.

Aquí en este pasaje de Zaratustra, hay una interpretación diferente, que así descubre, muestra, los principios de las fuerzas en pugna y desde su evaluación se hallan los principios de aquello que quiere la voluntad; surgir de la relación de la fuerza desplegada, con la fuerza situada, ofrecida en la realidad rebañil.

Esta fuerza diferente no ha salido a conquistar esos males; no quiere el poder, ni dominar esa situación dada. No busca tal poder porque así dependería de esos males o valores establecidos, que ya han dictaminado conforme su actitud quienes son poderosos, dominados, malos, buenos.

Solo se trata y Zaratustra lo ejercita, de interpretar y evaluar la realidad ofrecida y desde tales procedimientos fijar el sentido de cada mal, que será fragmentario y determinar el peso, la ponderación, el valor jerarquizado de los sentidos de cada mal, unir sus parcialidades. Así se produce el anclaje epistemológico básico de Nietzsche, que vibra en la búsqueda y hallazgo tanto de la unidad del pensamiento, cuando la unidad de la vida, siempre advertidos como múltiples y complejas, con jerarquizaciones diferenciadas, móviles, cambiantes, que alguna vez localizaran la determinación esencial de cada uno y de su totalidad... Esa búsqueda que es epistemológica, también la impulsa la filosofía, esa filosofía verdadera que Deleuze califica como la del futuro, que ya "...no es histórica en lugar de eterna: debe ser intempestiva, siempre intempestiva..." (G. Deleuze, Nietzsche. Arena libros. Madrid, 2000, p. 30). Es decir fuera de tiempo, de oportunidad, de toda coyuntura, de todo punto o madurez.

Será la historia que saque de quicio al alma humana, sumergiéndola en horrores, fríos, ardores, arrobamientos para que se libre de todo lo pequeño y ruin del desplacer, del malhumor y la lleve a las grandes emociones, a la ira, el miedo, esperanza, triunfo...

Se trata de liberar de la moral, la voluntad de la verdad, descubriendo a la aceptación del mal, de la voluptuosidad, de la ambición de dominio, el egoísmo, por ejemplo, la aceptación de una hipocresía, que las religiones (la judía y cristiana al menos, para Nietzsche) aceptan sin advertir, negándola, como una grosera mentira que conduce al reinado del nihilismo. Son las fuerzas reactivas y la de la voluntad de negación, las que desplazan su victoria, sobre una sociedad, así vencida, cubierta de seres derrotados, esclavos, débiles.

El devenir de tal derrota, esta del nihilismo aplastante, producirá una sociedad postrada, un común de esclavos en todos los hombres.

Estamos en presencia para Nietzsche de los Estados modernos catatónicos, convertidos en hormigueros insignificantes donde los poderosos han vencido por la postración y bajeza de sus integrantes.

Así la voluntad de poder ha perdido la capacidad de crear y en el triunfo del nihilismo, el poder detentado, solo implica dominar sobre los valores establecidos, del rebaño dominado, oprimido, esclavizado. Se han apagado desde ese nihilismo, la negación de la vida, seria, extrema, absoluta, en nombre de valores superiores, divinos, inmaculados..., ejecutados en razón de Dios, o de los hombres que desde esa sombra, se postulan como superiores y lo harán en nombre del progreso, de la libertad, de la historia, ocultándola voluntad de verdad a la que han aplastado, trasmitiéndole un carácter ficticio, de simulacro a la existencia.

De toda esta postración negadora de la rebelión, de la vida en sí misma, nace o se desarrolla el nihilismo nietzscheano, ese que viene a destruir el pensamiento lógico que separó apariencia de esencia en las cosas y que dio primacía a la conciencia en lugar de la vida. Este nihilismo sostenido en la existencia vital del ser, constituye su punto extremo en la negación de Dios, en el Dios ha muerto y con él todos los valores de una humanidad que así, tampoco es sustentable y así, no tiene fin aceptable.

Ante esta expresión constante del nihilismo, capaz de derribar esa modernidad, transmutar sus valores decadentes, todo debe ser advertido como devenir, patria conquistable para su superhombre en plena vocación de obtención de su voluntad de poderío, esa que libera por negación. Se crea un hombre nuevo, un nuevo comienzo para el eterno retorno.

Nietzsche en la crítica extrema

Hay una terminante composición individual, míticamente solitaria, del ser que Nietzsche intenta salvar para separarlo del derrumbe de una sociedad, a la que su profunda perspicacia filosófica, al menos para la Europa moderna, profetizaba como insalvable.

Pero tal calificación de composición individual, de tránsito míticamente solitario, tiene para la caracterización de Nietzsche, la obligación del reconocimiento de una violencia en sus síntesis, al aceptar casi sin dudas, que toda unidad sintética, y esta calificación lo tiene, se basa en un acto despectivo, mejor, despiadado de represión. En otros términos, tratar así a Nietzsche es una dramática elección forzada.

Lo es tanto, siempre lo es, como aceptar sin más, que Nietzsche puede ser definido, como lo hace George Luckacs, como el fundador del irracionalismo del período imperialista, o por el contrario como focaliza Giles Deleuze, al pensarlo como el transmutador de los valores, o como presiente Toni Negri, al experimentarlo con sentido creador, como el destructor de la moral, ejecutar el agotamiento del camino al más despiadado nihilismo, como cuestionador de todo, buscando alguna posibilidad de verdad; o como paradójicamente lo descubre Heidegger señalando la unidad oculta de la metafísica de Nietzsche, de la metafísica de la subjetividad incondicionada y acabada de la voluntad de poder; de un ser metafísico del que el propio Nietzsche ni fundamenta, ni proyecta en ninguna parte; o simplemente de la síntesis del propio Nietzsche, reconociéndose adicto a la vida, medio siempre para alguna cosa, y expresión de formas de aumento del poderío... (La voluntad de poderío, párrafo 699) o, también expresión digna, como él mismo lo advierte, del carácter total del mundo (que) es, por el contrario para toda la eternidad, el caos... (La gaya ciega, fragmento 109)-

Precisamente con la idea de “caos”, tal como lo entiende el desmesurado continente abarcativo, de comprensión incalculable de Nietzsche, se pueden nada más que sospechar, las inmensidades del caudal creador del filósofo de Basilea y pensador de la vida, como experimento del que conoce, tal como él se limita.

Es que el caos nietzscheano no implica lo simplemente confuso en lo que hace a su confusión, ni a lo ordenado como consecuencia de la negligencia de todo orden, sino, tal como lo refiere Heidegger, aquello que impulsa, fluye y se mueve y cuyo orden está oculto, cuya ley no conocemos de modo inmediato (M. Heidegger. Nietzsche. Tomo 1. Destino, Barcelona 2000. p. 454).

Pero aun más; siendo para Nietzsche, especialmente el pensador de los últimos tiempos anteriores a la sombra impenetrable de la locura, el cuerpo la excelencia localizable del

poderío, del dominio, “caos” no es absoluto desorden, confusión, como el reinante antes de la creación del mundo, que ya fue, sino y en la historia, el ocultamiento, el resguardo de la irreprimible riqueza del devenir, de la vida que llegará, del mundo en su totalidad.

Esa tamaña fertilidad, abundancia de riquezas que inundan, en todo orden, la vida y el devenir, confluyen, también incontenibles en el extenso transcurrir de las ideas y formulaciones conceptuales de Nietzsche, comprendido como un filósofo cuya síntesis, como en pocos, siempre será limitante, represiva y cuya selección, como se ha expresado, estará signada por alguna violencia del pensar, comprender, o entender, a una corriente tumultuosa que busca el devenir. En esa correntada de agua cristalina, transporta dudas, afirmaciones, negaciones, paradojas, certezas, otra vez dudas... es el eterno retorno de la vida como excelencia de toda voluntad de poderío; la del ser como existencia individual, como la de la multitud, en otra clave, como conjunción antagónica de los explotados, en conquista de otra existencia, esta vez social común; se trata de la transmutación intransferible de los valores que esta edificando el devenir de nuestros tiempos.

Es otra síntesis y como tal, portadora de un acto represivo, que como el fármaco, lleva en su seno el remedio y el veneno y cuya utilización y sentido, es ahora propio del sujeto histórico en que se ha convertido la multitud revolucionaria, como el antagonismo, derrumbará para edificar otro devenir.

Nietzsche no trepida, anárquicamente en derrumbar espectros morales y como esos esquemas se sostienen con las formulaciones de la sociedad dominante, su teleología, combina una extraña mezcla de individualismo, resistente, nihilista y de revolución ética-moral inevitable. Esa es su seducción limitada por su convicción central unida al destino del ser como unidad singular, pero no multitud de explotados.

Otra cadencia audible

Para G. Lukacs, Nietzsche ha sido el más lúcido penetrante y certero filósofo para la ponderación de una cultura moderna que se derrumba. Reconoce la decadencia de los valores burgueses de su tiempo y busca caminos que produzcan la superación de ese derrumbe.

Pero el enfoque nietzscheano de tal derrumbe no tiene relación alguna con las condiciones económico-sociales que producen tal estado y su interpretación se asienta sobre una percepción intelectual, ideológica de tal proceso, capaz de diseñar una revolución, en este caso nietzscheana, que tiene alcances cósmicos insertados en la vida en rebeldía. El marco de preocupación nietzscheana sobre tal particular se localiza en los campos de la cultura, del arte, de la ética, la moral individual.

Nietzsche conduce una crítica certera con esos límites y para esos campos y es evidente que su profundidad en intransigencia, nuevo aún su anárquica visión libertaria y la justeza de sus diagnósticos producen una seducción sobre lectores o intérpretes críticos que aun no declina y aunque tenga singularidades parciales, pero precisar en sus parcialidades, no tienen por qué ser arrastrados por una declinación integral.

Aun hoy esta seducción es notoria; y aún más, es creciente, sobre todo cuando la observación de sus efectos permite comprobar los resultados evidentes de una sociedad que él consideró claudicante, becerril y hasta vergonzosa, sin miradas causales estructurales por parte de sus análisis históricos, pero que tal como lo pronosticara, el tiempo de la modernidad se ha agotado y ese derrumbe toma las características de catastrófico. Hoy esta seducción se

expande sobre jóvenes en particular, cubriendo toda una forma de vida, que está en búsqueda del ser heroico, dionisíaco, antisistema, camino a la gran seducción del superhombre, desde un enfoque individual, pero cautivado por una rebelión que reniega de esta sociedad del capitalismo en la que están obligados a existir.

La inteligencia filosófica y su calidad eximia de interpretación, es básica para el sostenimiento de este cautiverio intelectual de los tiempos actuales, que viven como fundamentales las certezas nietzscheanas de la transmutación de todos los valores, asegurando a la afirmación dentro de la voluntad de poder, como básica de tal voluntad, sin abandonar o separar la fuerza de lo negativo como una agresividad propia de otra afirmación. Se asegura que tal crítica total, más allá de las causalidades estructurales, o solamente intelectuales que las produzcan, que las determinen, esa crítica total es parte de un devenir de creación.

Esta transmutación de los valores, es la que eleva lo múltiple y el devenir, lo complejo del pensamiento afirmativo y el futuro afirmativo, como el objeto más alto de la potencia de vivir.

Llegarán los mitos como formulaciones afirmativas, el del eterno retorno, el de la muerte de Dios y del nacimiento del superhombre, consagrando la transmutación integral, esa que le permitió, asegurar el derrumbe de la sociedad capitalista, observándola conmovedoramente desde su propia advertencia de individuo en conflicto trágico, camino a su propia disolución de inteligencia y vida. El mito de la transmutación total, también arrastró a su existencia, pero el mito pervive y sacude a quienes buscan, o presienten la libertad total. Nietzsche convocó sin errores, permanentemente a esa lucha, por la acción, la práctica, por la voluntad de poder, que sea capaz de afirmar esa transmutación de los valores y condene al ocaso a los ídolos que consagraron el espíritu de rebaño, en las poblaciones que dominaron. La transmutación de los valores, de todos los valores del modernismo del capitalismo, hace posible la definición constructiva de otro devenir. Sorprendentemente, desde el nihilismo más patético, trágico en la vida nietzscheana; desde la nada, porque Dios ha muerto... y en su lugar se instala un individuo creador y arropado con los sueños del nihilismo. Ese es el sujeto cuya consistencia expresa la pasión individual nietzscheana.

La hermenéutica del sujeto

En Nietzsche, como Husserl, Heidegger, (Foucault la llamaba sobre todo a la de Heidegger la "filosofía moderna"), el conocimiento, el acto de conocimiento sigue ligado a las exigencias de la espiritualidad. En estas filosofías y la de Nietzsche también, cierta estructura de espiritualidad intenta vincular el conocimiento, el acto de conocimiento, las condiciones de este acto de conocimiento y sus efectos, a una transformación en el ser mismo del sujeto observable.

Es decir, todo este razonamiento se encuadra, precisión máxima, o no tanto, con el idealismo hegeliano, para hacer notorias las estructuras dominantes de la espiritualidad. La espiritualidad como condición de acceso a la verdad ideal.

Así en Foucault desaparece toda prospectiva de determinación de clase para la construcción del conocimiento. No está tampoco la multitud.

Pero Foucault dice que se han olvidado las cuestiones de las relaciones entre verdad y sujeto, que han sido luego retomadas por Lacan... Preguntarse y decir la verdad sobre sí mismo... Resurge así la espiritualidad.

En esa vertiente espiritualista el esfuerzo consiste en el retorno a sí mismo, propia del helenismo y del espíritu, como ética de sí y estética de sí.

Se vincula este retorno de sí, o retorno a sí, con Nietzsche, pero también en ese siglo XIX con el dandismo, Baudelaire, la anarquía y su pensamiento, unificados detrás del interrogante, si puede reconstruirse una estética y una ética del yo. Así, pleno y aislado.

Foucault ubica esta capacidad de referencia a la ética/estética del yo, como una tarea urgente, fundamental, políticamente indispensable, si es cierto, “después de todo, que no hay otro punto, primero y último, de resistencia al poder político que en la relación de sí consigo... (p. 246)

Allí ubica Foucault al Nietzsche que puede creer como él, como Foucault, que si la cuestión del poder, del poder político se toma como tal y por ello situarla en la cuestión más general de la gubernamentalidad, como campo estratégico de relaciones de poder, aun más allá que lo estrictamente político, entonces esa relación no puede dejar de pasar, teórica y prácticamente por el elemento de un sujeto que se definiría por la relación de sí consigo; es una ética/estética del sujeto definido por la relación de sí consigo (p. 247).

Foucault elude toda relación de clase; toda explotación material del capital, es decir, oculta la relación primaria de explotación y provoca una convocatoria extrema a la exaltación del sujeto en sí consigo, enmarcada en pleno helenismo-hegelismo... Nietzsche no es ajeno a esta exageración de convocatoria idealista...

Por aquí pasa el deslizamiento anarquista de esta convocatoria mágica...

Y esta mismidad, esta exaltación del sujeto en sí consigo, se expresa en exceso, en la poética búsqueda del ejercicio de ese sujeto, del último día... En ese vivido a pleno del sujeto en sí mismo... Entonces el instante, el presente, o la jornada vivida por el ser en sí mismo, será de excelencia, en la realidad de su valor; es el valor de lo que hace el sujeto, el valor de su pensamiento, el valor de la voluntad, de la actividad del ser en sí mismo, viviéndolos como si fueran los últimos.... Nada depende del entorno del (ilegible)...

Entonces Foucault que ha refrendado en su segunda hora del curso dictado el 24 de marzo de 1982..., se permitirá, con autoridad indiscutible referir, que esta relación de hechos, pensamientos, proyecciones teóricas, obligan a escuchar un eco, el credo del eterno retorno nietzscheano, que apunta a evaluar cualquier acto, no en su capacidad de ser el último, sino de convertirse en la repetición del eterno retorno, repetición de infinitas veces. Tal retorno, lo sabe Nietzsche, si nos domina, si nos impresiona como ineludible, acaso servirá para transformarnos, o acaso nos aniquilaría o nos interrogará acerca de todo.

También para el Nietzsche del eterno retorno, como en el Foucault de la hermenéutica del sujeto, en aquella clase del 82, las preguntas esenciales agobiarán, con peso decisivo y terrible, pero solo en el ser individual, del sí consigo y entonces tal ontologización seguirá siendo sólo idealista, absorbida, subsumida por el modo de producción predominante. Ese que además creó la desmesura de la trampa del idealismo... negándole toda articulación material.

Foucault que se inscribe en la exploración de lo que ha de llamar “una genealogía del sujeto”, del ser en sí consigo, comprende el parentesco con las historias de las “mentalidades”, es decir, de las ideas y de tal forma una deuda teórica con Nietzsche al que estima como el historiador, o el creador de la cuestión de la historicidad del sujeto.

Foucault trata de deshacerse de todo humanismo fácil en la teoría y temible en la realidad, sustituyendo así mismo el principio de la trascendencia del ego, pero involucrarlo en las inmanencias del sujeto. Deslices nimios de categorías espirituales-idealistas que confluyen con las vocaciones hondas nietzscheanas... El anclaje final, entonces coincide en la inmanencia del sujeto... inherente al ser y por lo tanto inseparable de su esencia.

Es así parte de una construcción ideal, que tiene la seducción de una rebelión, contra la moral que el capitalismo ha seguido edificando. Sin embargo, se instala muy lejos de toda transformación social colectiva.

Ahora es el Foucault del curso 75/76, condensado en defender la sociedad.

En tal pensamiento se advierte que en el momento en que tratamos de liberarnos de los esquemas economicistas para analizar el poder, nos encontramos frente a dos hipótesis.

- a) El mecanismo de poder sería la represión (hipótesis de Reich)
- b) El fondo de la relación de poder es el enfrentamiento belicoso de las fuerzas (hipótesis de Nietzsche)

En el primer caso es el poder como derecho originario, que desbordándose será opresión.

El segundo, ya no en la relación contrato, opresión, sino en el esquema guerra/represión.

Se trata del contrato/opresión o el guerra/(represión, o dominación/opresión).

En Nietzsche la libertad, su libertad del sujeto equivale a una ferocidad que es gusto por el poder y avidez determinada, incapacidad de servir pero deseo siempre dispuesto a someter.

Aficionado a la libertad, gallardo, ligero, infiel, ávido de botín, impaciente, inquieto.

Entonces en las estrategias de poder, Foucault indica que en Nietzsche se encuentra un tipo de discurso que hace el análisis histórico de la formación del sujeto mismo, que hace el análisis histórico de la formación del sujeto mismo, que hace el análisis histórico del nacimiento de un determinado tipo de saber, sin admitir nunca la preexistencia de un sujeto de conocimiento.

Este es un texto de Nietzsche que sirve como punto de partida, es de 1873:

“En el recodo de un rincón cualquiera del universo, inundado por los fuegos de innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el cual animales inteligentes inventaron el conocimiento. Este fue el instante más arrogante y engañoso de la historia universal.

Dejare de lado la célebre frase: “este fue el instante más arrogante” de tan extremadamente rico y difícil texto y considerare en primer lugar la insolencia y la desenvoltura de Nietzsche cuando dice que el conocimiento fue inventado en un astro y en un momento determinado.

En el tiempo y también en lugar determinado del universo, animales inteligentes inventaron el conocimiento.

Inventaron, invención es el término y Nietzsche tiene en mente también un término opuesto a “invención”; es el término origen. Invención implica no decir origen.

Así le reprocha a Schopenhauer que cometió el error de buscar el origen de la religión en un sentimiento metafísico y eso significaría que la religión ya existía, envuelta metafísicamente y la religión no tiene origen, fue inventada. Tal como es para la poesía, tampoco existe, hay una invención de la poesía. Lo mismo sucede con el ideal, fue inventado.

La solemnidad del origen es necesario destrozarla, oponer, más allá de su imagen, la pequeñez meticulosa de estar de estas de sus producciones.

De esa forma el conocimiento fue inventado; no tuvo origen, no está inscrito en la naturaleza humana. No constituye el más antiguo instinto del hombre. No existe en el comportamiento humano, en el apetito humano, en el instinto humano, ni un germen del conocimiento.

No existe en el comportamiento humano, en el apetito humano, en el instinto humano, ni un germen del conocimiento.

Nietzsche dice que el conocimiento tiene una relación con los instintos pero no está presente en ellos; no es un instinto más.

El conocimiento es el resultado del juego, enfrentamiento, unión, lucha y el compromiso entre los instintos.

El conocimiento para Nietzsche no es algo que tenga la misma naturaleza que los instintos; tiene como base a los instintos, pero en confrontación... El conocimiento es como un destello es, dice Nietzsche, "una chispa entre dos espadas, pero una chispa que no está hecha del mismo hierro que las espada".

Para Nietzsche no existe parecido, afinidad preestablecida entre conocimiento y las cosas que habría que conocer (p. 177). Entre conocimiento y el mundo a conocer existe tanta diferencia, como entre conocimiento y naturaleza humana.

Entre conocimiento y las cosas que el conocimiento debe conocer no hay relación de continuidad natural, ninguna relación de violencia, de dominación, de poder, de fuerza de infracción.

Para Nietzsche, comprender, no es nada más que un cierto juego, o mejor, el resultado de un cierto juego, de una cierta composición, o compensación entre reír, deplorar y detestar. Del juego, lucha, entre la risa, la lamentación, el odio, llegará el comprender.

Estas pulsiones, reír, deplorar, detestar, tienen en común el hecho de ser un modo no tanto de aproximarse al objeto, de identificarse con él, sino por el contrario de mantener el objeto a distancia, de diferenciarse de él, de romper con él, de protegerse de él con la risa, desvalorizarlo con el lamento, de alejarlo o destruirlo mediante el odio.

El conocimiento llegará porque tal pulsiones han luchado entre ellas, porque se han combatido, han producido un estado de guerra entre ellas, una ruptura y así aparecerá el conocimiento, como una chispa entre dos espadas.

El conocimiento nietzscheano, cuestiona a la filosofía tradicional de occidente y así, será concebido como algo no parecido a la felicidad, al amor, sino al odio, a la hostilidad, no habrá unificación sino un sistema precario de poder (p. 181) Se trata del odio, lucha, relación de poder.

Es el conocimiento en Nietzsche más tributario de la política que de la filosofía, porque debe entenderse cuales son las relaciones de lucha y poder.

En esta interpretación de Foucault para la política del conocimiento, el conocimiento aparece como una relación estratégica determinada, en la que el hombre está situado. Allí el conocimiento, en su perspectiva es lucha, efecto de la lucha.

Foucault, en el resumen de *La hermenéutica del sujeto*

Hay que recordar que en 1887, en el prólogo de la *Genealogía de la moral*, Nietzsche pensaba que “nosotros, los que conocemos somos desconocidos para nosotros mismos”.

Para conocernos, decía, no queda otro camino que producir una crítica de los valores morales, poniendo en entredicho a esos valores, para lo cual es necesario conocer las condiciones y circunstancias en las que tales valores surgieron, se desarrollaron y se modificaron. Pero Nietzsche creía que tal conocimiento hasta entonces no había existido y ni siquiera se lo había deseado.

Esos valores morales se los tomaba como dados y situados más allá de toda duda. Así Nietzsche participaba conscientemente de ser el descubridor y problematizador del su nuevo continente de la moral.

Era necesario reconocer tal territorio, ponderarlo con nuevos interrogantes, nuevas miradas, con nuevos instrumentos, cuestionando, lo aun incuestionado de la vida moral, pensando lo impensado del bien y del mal, palpando y auscultando la escritura del pasado de la moral humana.

Foucault acepta el desafío de Nietzsche de hacer del intelectual la conciencia malvada de su tiempo y sobrepasa a Nietzsche en su crítica de la moral de plantear una revisión del conocimiento de sí mismo, para servir a la disección de las virtudes de nuestro tiempo despojando a la existencia del ser de su parte descorazonada y cruel.